

EN DOMINGO



MALOS TRATOS CUANDO ACABA LA PESADILLA

La Opinión visita en exclusiva el centro de emergencia del IAM al que acuden en primera instancia las mujeres maltratadas. La mayoría va con sus hijos, donde reciben ayuda social, legal y psicológica. Allí les dan ropa, comida y juguetes.

Marina Fernández
MÁLAGA

@MarinaFernandez



■ Llueve y son las tres de la mañana. María tiembla de miedo. Su marido acaba de llegar y la ha tirado al suelo. Su bebé llora desconsolado. Corre y se refugia en casa de su vecina, donde llama a la Policía. Por fin ha dado el paso.

Es sólo un caso más. El de una mujer asustada, maltratada, con pánico, dependencia y en la más absoluta soledad. El 016 recibe cada día cientos de llamadas. Los trabajadores sociales y psicólogos que atienden a estas víctimas de la violencia machista las animan a denunciar, a huir de su calvario. Pero

muchas no se atreven. Y no saben que en ese paso está la solución.

«Despertar de la pesadilla es posible», explica la psicóloga de los centros de acogida para mujeres maltratadas con los que cuenta la Junta de Andalucía en la provincia, Pilar Ruiz. Por primera vez, un periódico ha entrado en el centro de emergencia de Málaga al que son derivadas nada más escapar. Muchas llegan en pijama, sin ropa, utensilios de aseo o dinero. Se trata de un edificio grande, lleno de vida. Hoy hay cuatro mujeres y todas tienen hijos. Bebés de sólo unos meses, niños de cerca de diez. Vidas truncadas a causa de la violencia pero con un futuro gracias a los recursos de la administración. La psicóloga explica que todos los

«Nuestra misión es que entiendan que su relación es tóxica y a partir de ahí empezar a diseñar cuáles son los pasos a dar»

centros de los que dispone el Instituto Andaluz de la Mujer (IAM) son seguros. «Pueden estar tranquilas, la posibilidad de que una mujer sea localizada es muy baja salvo que ella facilite información». En 2013, 136 mujeres pasaron por estos recursos en Málaga. Estuvieron acompañadas de 156 personas a su cargo, casi todos hijos.

Una vez superan el primer paso, las mujeres son enviadas a casas de acogida de otras provincias, donde inician una nueva vida. Después, van a pisos tutelados, donde com-

parten piso con otras mujeres en sus circunstancias. En total, la media de estancia es de alrededor de tres meses, aunque hay casos de días y otros en los que el acogimiento se dilata. Tienen juguetes, salas de estudio y hasta pisos adaptados para discapacitados. Desde que se pusieron en funcionamiento, hace casi veinte años, han visto de todo. Han tenido a embarazadas, han acompañado a mujeres a dar a luz e, incluso, a ancianas a residencias. En total trabajan catorce personas que velan por su seguridad.

Las normas son muy claras. No se puede fumar, hay que extremar la precaución, no contar a nadie dónde están y cumplir las normas básicas de convivencia. Muchas terminan siendo amigas.

Según la especialista, cuando llegan al centro son un montaña rusa emocional. «Aquí empieza nuestro trabajo para que empiecen a valorarse, a tomar conciencia y a saber lo que ocurre. Nuestra misión es que entiendan que su relación es tóxica y a partir de ahí empezar a diseñar cuáles son los pasos a dar».

Estos centros son su hogar, pero

también un lugar de trabajo. La autoestima y la toma de decisiones son una parte fundamental a tratar. Las ayudan a enfrentarse a la realidad, a las familias y a adquirir autoridad frente a sus hijos.

Pero hay que recordar que estas mujeres vienen de una espiral de violencia física y psicológica que ha hecho que se tambaleen sus cimientos. Además de miedo e impotencia suelen tener una situación de dependencia de su agresor y muchas están enamoradas. «Es muy difícil dar el paso, pero una vez que lo dan hay que reforzarlas», señala la directora de los centros de la Junta, Ana García.

Una vez se han instalado en los centros, les surgen dudas. «Se plantean si la decisión es la correcta, les da pena que puedan ir a la cárcel... Hay que recordar que no es el vecino del quinto, ellos no son agresores 24 horas al día, los vemos como el monstruo de las siete cabezas pero no es así», señala. Por eso, lanza un mensaje esperanzador: «No estás sola. El cambio da mucho miedo, pero si otras han podido, ¿por qué tu no?».



EL DÍA A DÍA de una vida oculta

► La Junta de Andalucía pone a disposición de las mujeres maltratadas varios centros de acogida donde viven con sus hijos alejadas de su vida anterior **1** Estas mujeres tratan de hacer su vida lo más parecida posible a como la hacían antes. En estas casas ven la televisión junto a otras mujeres, de las que llegan a ser amigas **2** Su vida ha cambiado desde que denunció. La hija de Laura es su motivo de alegría, la que le ha ayudado a dar el paso contra su marido **3** El centro de emergencia pone a disposición de estas víctimas todo lo que necesitan. Los niños se encuentran como en casa, ya que tienen todo lo que les hace falta, como juguetes **4** Leer un buen libro es un privilegio para ella. El marido de Carmen no le dejaba hacer nada antes de denunciarlo **5** Los días son muy largos en el centro. Por eso hacen la comida, limpian y se ocupan de sus cosas para sentirse útiles. © FOTOS DE ÁLEX ZEA

Cuatro testimonios. Han recibido golpes e insultos durante años por parte de sus novios y maridos. Un día se atrevieron a dar el paso y aseguran que ha sido la mejor decisión de sus vidas.

«Ahora soy otra mujer»

MARINA FERNÁNDEZ MÁLAGA

■ Tienen nombres y apellidos, pero ocultan su identidad tras nombres falsos. Son víctimas de la violencia más atroz: la de sus parejas, las personas a las que aman y los padres de sus hijos.

Ana tiene 23 años y toda una vida por delante. Su bebé tiene dos meses y lleva quince días en el centro. Ahora se siente otra mujer. Durante tres años él la ha vejado y le ha pe-

gado. Empezó con celos y fue a más. Ella no se vio capaz de denunciar y otros lo hicieron por ella. Ahora se alegra. «En unos días nos vamos a una casa de acogida. Al principio estaba muy mal, ahora soy otra mujer», cuenta en el centro de emergencia. Se ha hecho amiga de Laura, que lleva allí algo más de un mes. Tiene una niña de dos años, que se llama Aroa. Durante cuatro años ha recibido golpes e in-

sultos. Nunca recibió ayuda de nadie, porque se encontraba sola, y la familia de él nunca hizo nada por evitar los malos tratos, pese a que lo sabían. «Tengo ganas de empezar una nueva vida», reconoce. En unos días Laura se irá a otra ciudad de Andalucía. Lo está deseando. «Me da igual irme de Málaga porque no tengo a nadie». Se siente afortunada por estar donde está, ya que nunca pensó que sería capaz de dar el paso. «Antes justificaba lo que me hacía, ahora me he dado cuenta de que eso no es amor», dice. «Hay salida, se puede, aquí te ayudan mucho y sientes que no estás sola. Puedes creer que lo tienes que aguantar porque sí, pero no».

Pilar es algo más mayor y ya vive en un centro de acogida. Denunció gracias a su hija, que empezó a darse cuenta de todo lo que le hacía su marido. La maltrataba desde que la niña tenía un año, y ya es una mujercita. Pero no quiere saber nada de su padre. Pilar teme que le haga algo, pronto empezará a pasar



Pilar sigue con miedo. Su agresor ha sido absuelto. GREGORIO TORRES

con él los fines de semana. Ha sido absuelto. «Tengo miedo».

Igual le pasa a Carmen, que es de otra provincia andaluza. Lleva tres meses en Málaga y confiesa que, aunque a veces se ha sentido sola, comprende que es el precio a pagar por estar viva. «Me ha amenazado de muerte» alega. Y es que su pareja se había convertido en su dueño. Es-

taba obsesionado con ella y la dejó sin amigas. «Me di cuenta de que me iba a destruir. Sé que me está buscando». A pesar de que sabe que su agresor está en la calle se encuentra mejor y siente que el paso que ha dado le ha merecido la pena. «Hay que ser valiente. En esta vida todo tiene solución menos la muerte».